



Fig. n.º 17.- Martínez de Vicente, Patricia (coord.) (2011): *Ritos y símbolos en la tauromaquia. En torno a la antropología de Julian Pitt-Rivers*. Barcelona, Edicions Bellaterra, 374 págs.

Cualquier intelectual o escritor cauto sabe que, no sin cierta fortuna, durante algún tiempo él pervivirá en sus obras y si luego obtiene éxito entre los lectores, la gloria le atribuirá una especial sensibilidad para la escritura y un fino talento para la investigación. En esa tarea, no menos importante es poner a buen recaudo el archivo personal con todos los trabajos, correspondencia, conferencias, artículos... Es tan importante saber publicar bien los primeros textos

como preservar adecuadamente los fondos documentales, ya sea en fundaciones o museos, ya sea en bibliotecas o universidades... Este es el caso de Julian Pitt-Rivers, que en 1954 publicó en Londres nada menos que en Weidenfeld and Nicholson su *The People of the Sierra* (traducido por Grijalbo en 1971 como *Los hombres de la sierra* y luego por Alianza en 1989 como *Un pueblo de la sierra: Grazalema*) iniciando lo que posteriormente se denominó la antropología mediterránea, y que ahora mantiene su monumental archivo custodiado, resguardado, apreciado y protegido en la biblioteca de la Maison René Ginouvès de la Universidad Paris X.

Este inteligente antropólogo inglés, seducido por los nuevos caminos marcados por su maestro Evans-Pritchard, quien le animó a hacer sus primeras investigaciones en el sur de Europa, llegó a Sevilla en el invierno de 1949 buscando las esquirolas del anarquismo decimonónico. De allí se trasladó a la sierra de Grazalema, en la que permaneció viviendo en una casita de la ribera del río Gaidóvar hasta 1952, e inició sus trabajos de campo entrando en contacto por primera vez con las peculiaridades de la cultura popular española. En las conversaciones que mantenía con los lugareños comprendió las diferentes formas de organización del pueblo (entidad antropológica a la que dedicó grandes desvelos) y sus enfrentamientos con el Estado central. Como llegó a sostener, en Grazalema existía «una tensión estructural entre las sanciones que proceden de la comunidad local y las que proceden del Gobierno central del país, que corresponde a un conflicto entre los valores de autoridad y los de igualdad».

Gracias a su contacto con el pueblo, a su sagaz capacidad de observación y a su sutil inteligencia, entró en contacto con el mundo de la tauromaquia sin el menor prejuicio. Pudo haberse parapetado en su exquisita educación inglesa para repudiar los festejos populares; sin embargo, se enamoró de este imponente

animal, de la veneración que el pueblo le dispensa, del juego clarividente entre el arte y la fiera y de las pasiones que levanta en el sur de España la Tauromaquia junto con sus relaciones con la religión católica. Sus múltiples estancias como docente en Berkeley, Chicago, Londres y París (donde, por cierto, consiguió liderar, sin pretenderlo, un grupo de antropólogos interesados en profundizar en este rito de la vida y la muerte) no consiguieron menoscabarle su afición al pueblo y las fiestas populares de toros. De ahí que cuando pisaba la Península se rodeaba de sus incondicionales y se iba al pueblo más recóndito a disfrutar y analizar sus fiestas de toros.

Un sinfín de argumentos podrían argüirse para justificar que esta recensión tuviera como centro neurálgico a Julian Pitt-Rivers, sin ser el autor del que más textos se recopilan. Sin embargo, los textos seleccionados con sumo tino por Patricia Martínez de Vicente contienen como punto focal las aportaciones antropológico-taurinas del intelectual inglés. Simplemente con observar su título y su subtítulo salimos de dudas. Aunque ya ha pasado un tiempo desde la prohibición del parlamento catalán, este argumentario guiado por la finura de Pitt-Rivers es totalmente pertinente para seguir ahondando en los argumentos favorables a la Fiesta, pues en sus páginas se espigan temas que van desde la incidencia social del toreo en la Península hasta su adaptación en las tierras mexicanas y peruanas, pasando por las controversias de la muerte del toro en el ruedo.

Este libro merece, pues, una atenta relectura porque mantiene su interés desde principio a fin por la variedad argumental que ofrece. A pesar de estar escrito por varias manos y proceder sus textos de varias publicaciones, en su conjunto debe entenderse como un enjundioso y clarificador ensayo de filosofía, historia y sobre todo antropología taurina. Escrito en un tono entusiasta, vital, optimista a veces, y con un sentimiento de pérdida irreparable otras, los autores concitados diseccionan la tau-

romaquia como un fenómeno complejo, variado, pluridisciplinar, cultural, histórico..., en el que convergen varios enfoques, validos todos ellos y que nos explican las multiformes caras de los ritos taurinos.

Dividido en cuatro partes, precedidas por una larga y documentada introducción y coronadas por un vigoroso epílogo, este libro constituye un edificio intelectual en el que se mezclan el gótico flamígero en las demostraciones, en las citas, en el repaso a las enseñanzas de Marcel Mauss, con el románico medieval más robusto en las pruebas de los escritos ante el Parlamento europeo que protagonizaron Julian Pitt-Rivers, Pedro Romero de Solís, Frédéric Saumade y Dominique Fournier, en las que se mezclan vivencias personales, sesudas interdependencias entre la cultura local española y los ritos taurinos y, sobre todo, la importancia ecológica de la crianza del toro bravo en el campo andaluz principalmente para un desarrollo medioambiental sostenible. Quizá ésta sea una de las aportaciones más novedosas que tuvo al profesor Fournier como principal valedor, puesto que hoy es un tema en el que se ha trabajado en profundidad desde las ingenierías agrícolas, pero que tuvo su primer impulso en el ámbito de la antropología.

Este ramillete de artículos bien organizados y distribuidos en los cuatro bloques mencionados no es neutral, porque no hay juicio de valor que lo sea, pero desprende argumentos, supura razones, vierte chorros de interpretaciones, contrastadas, apasionadas y hasta contradictorias sobre las múltiples manifestaciones taurinas. Este mérito se lo debemos agradecer a Patricia Martínez de Vicente por su probidad intelectual y la rectitud en la elección de los participantes.

Visto desde otra atalaya, este libro, profundo en las reflexiones, plural y atractivo, puede considerarse una obra de combate, que puede declinarse de dos formas diferentes. Por un lado, en sus páginas se describen algunas de las fiestas rituales de

toros que han servido para cohesionar las distintas poblaciones indígenas de Latinoamérica y para arrojar luz sobre algunos ritos como el del toro y el cóndor, que gracias a los estudios de la profesora Molinié sabemos que debe entenderse como la conjugación de dos grandes tradiciones que dan lugar a un nuevo relato. Por otro, en el libro se deja constancia de los muchos argumentos que ofrecen los intelectuales en defensa de las corridas de toros, del que cabría destacar el esclarecedor y documentado artículo del propio Pitt-Rivers titulado “El sacrificio del toro” publicado en España nada menos que en la *Revista de Occidente* en el año 1984.

En un momento en el que parece haberse generalizado en amplios sectores de la sociedad la percepción derrotista, el sentimiento de impotencia e incluso de desesperación ante el orden del mundo, habría que recordar que la historia taurina muestra que nada es fatal, ineludible e inmodificable. El relato de la permanente irrupción de la contingencia en el previsible curso de los acontecimientos es lo que ha guiado a este poliédrico ensayo que quiere rendir un merecido homenaje a su impulsor, Pitt-Rivers.

Sostenía Ortega y Gasset en su impactante obra *La rebelión de las masas* que «el saber histórico es una técnica imprescindible para conservar y continuar la civilización». Y eso es lo que hizo Pitt-Rivers, cuya inteligencia no se limitó a usar lo que había, sino que intentó comprenderlo, y dio a conocer la genealogía de las tradiciones taurinas y de la cultura popular española y hasta su razón histórica. Por esto es altamente conveniente releer a Julian Pitt-Rivers a través de esta sugerente aportación y reflexión que nos propone Patricia Martínez de Vicente.

Juan Carlos Gil González
Universidad de Sevilla